

# Poesía checa de postguerra

Como el ahogado oigo un irónico eco de las olas

¿El arte?

Cada imagen debe representar algo,  
yo no comprendo la poesía.

**Petr Cincibuch**

**H**emos sacado estos versos de *El jardín adoquinado*, de Petr Cincibuch. En realidad, el último responde a lo que se propaga con creces, no sólo en Checoslovaquia —entre los poetas, los bibliotecarios y los vendedores de libros—. Se trata de una duda o pregunta fundamental: ¿es la poesía contemporánea capaz de reflejar el mundo y estar a la altura de las necesidades espirituales del público cada vez más absorbido por la pseudocultura de los videocassettes, por la TV y otros medios informativos?

En cierto grado, el éxodo al mundo de enciclopedias, diccionarios y a la «literatura no literaria» responde al avance de la tecnología moderna, para dejar de lado la maquinaria del decadente consumismo. La poesía, sin embargo, refleja siempre algo más que la pura verdad. «El corazón sin secretos, un libro vacío», apuntó Vladimír Holan refiriéndose al carácter exclusivo de la poesía que nunca se convertirá en alimento de las muchedumbres. Mientras tanto, los poemarios descansan en los rincones más polvorientos, pues lo que predomina es un lamentable estado de incompreensión frente al arte, considerado como un panecito en el supermercado, panecito sabroso y barato, no dañino a los dientes, pero —eso sí— poco apto para provocar sensaciones gastronómicas.

Esta relación superficial de los lectores en cuanto a la literatura, fue criticada ya por los clásicos del marxismo. En *La Sagrada Familia* Marx y Engels se burlaron del grosero utilitarismo al observar que «todo hombre y toda creación... se convierte en una actitud», el personaje literario en un principio y «una bocina» de las ideas del autor. Según la concepción utilitarista, «todos los hombres adoptan una posición, sea para el bien o el mal».

Obviamente, ni el realismo socialista quedó exento de dichas influencias erróneas. Poco después de la liberación de Checoslovaquia de los ocupantes fascistas entre 1945 y 1948, algunos escritores jóvenes epígonos de Frantisek Halas, tratando de demostrar la inutilidad de la poesía de Vítězslav Nezval para las tareas del nuevo período que se iniciaba, adoptaron el existencialismo como una histórica prolongación de la poesía

de Jirí Orten que, como se sabe, publicó en los críticos años posteriores al Tratado de Munich, en 1938; en 1948, algunos de ellos revisaron su posición política, gnoseológica y poética, y rechazaron el legado de las vanguardias surgidas entre las dos guerras mundiales.

En 1948, tras la publicación del libro *El gran reloj*, de Nezval, tuvo lugar una enconada controversia entre los partidarios de éste —que defendía no sólo una «fantasía o imaginación indomable», sino también el anhelo y el derecho del hombre a la belleza— contra los defensores de la denominada «poesía de fresa» (este término viene de un juego de palabras: la fresa y la frase; sin embargo, entiéndase en checo fresa, como instrumento para labrar u horadar), interesada únicamente en poner cualquier fresa o frase «al servicio del progreso». Aparecieron entonces fuertes tendencias orientadas a limitar el arte y la literatura a la esfera laboral. Se privaba al «homo economicus» de su capacidad de pensar y sentir, de tener dudas o secretos. La realidad externa era concebida como un portal abierto hacia el hermoso mundo del porvenir y pocos fueron capaces de ver más allá de las proclamas políticas.

Más tarde, a mediados de los años 60, se apoderó de algunos escritores checos y eslovacos, una tendencia completamente opuesta: el espiritualismo. O sea, hubo esfuerzos por recrear el surrealismo, reanimar el clima existencialista, etc. La crisis en la literatura iba entonces al par de la crisis social. Formalmente, el verso se liberó de las ataduras del ritmo y la rima; lo abstracto fue elevado al trono para sofocar toda vena sensual tan típica de los grandes patriarcas del período anterior, caso de Jaroslav Seifert, Vítězslav Nezval o Frantisek Hrubín.

En la década del 70 se registró un creciente interés por reflejar de nuevo la realidad circundante. Al lado de los ya consagrados —Vilém Závada, cantor de los mineros; Ivan Skála, cantor del fuego, o Donát Sajner, cantor de la tierra y el viento— aparecieron los llamados «nuevos», que muchas veces recurren a la tradición: por una parte está Jirí Záček enlazando con la línea melódica de Nezval, y por la otra, Karel Šýs cavando en la multifacética e introvertida obra de Holan. El tema principal de estos «nuevos» es la civilización y el hombre, disyuntiva pero no contradicción.

Ahora bien, si el clasicismo exigía que se levantara el índice con fines didácticos, la modernidad radica en algo bien distinto: precisa ser concreto, nombrar las cosas tal cual son, denunciar el trabajo mal hecho, la incapacidad de dirección, la corrupción, el robo social, el padrinazgo y las nuevas y resistentes creencias pequeñoburguesas y, claro está, también las enfermedades humanas más simples. En este sentido, lo moderno es sinónimo de lo concreto y audaz. Audaz en el sentido no sólo de la forma, sino también en el plano ideotemático: transformar el mundo y al hombre. (Pero «el escritor no debe permitir que la noticia de prensa sobre un crimen cometido en Guatemala conmueva más que su poema», apuntó Šýs.) Por otro lado, el hombre no puede apoderarse del mundo sólo por medio del conocimiento científico. No crea solamente valiéndose de su raciocinio, sino también con la ayuda de los principios de la belleza. Necesita la filosofía, la sociología, la economía, la física, la cibernética

y las máquinas computadoras, pero debe vivir también con la hermosura, debe tener su propio mundo de sueños y anhelos, alegrías y tristezas, debilidades y pasiones humanas. De otra manera, todas nuestras luchas para preservar la vida se convertirían en una abstracción disecada y museable.

Dicha tradición antimilitarista tan palpable en la actual poesía checa y eslovaca tiene una doble raíz. Por una parte, procede de la poesía antifeudal de los siglos XVII y XVIII, la literatura del Iluminismo y la literatura antifascista. Por otro lado, se enlaza con la creación de la Generación del 90 y los anarquistas surgidos en los albores de este siglo. «Ay los muertos en todos los frentes del mundo», escribió más tarde Jirí Wolker, conocedor de los horrores de la Primera Guerra Mundial: «Dime, tú vivo/ ¿por qué he muerto?» Al regresar en 1954 desde Francia, Nezval declaró que «el ideal internacional, cuyo símbolo es la paloma de Picasso», era el «sinónimo de la poesía». Según Nezval, la poesía que expresa el anhelo de los hombres de vivir en la paz es «la poesía más pura». En 1948 Hrubín dice que «eso sigue cayendo», en una clara referencia a la bomba arrojada sobre Hiroshima. Jirí Taufer publica sus *Anaqueles*, donde se lee «El poema sobre tu grito, el grito de la vida».

Por lo visto, la poesía checa de la postguerra ha hecho gran hincapié en la ética como especie singular de la aprehensión práctico-espiritual de la realidad, cuya finalidad es el mejoramiento creador y activo de las relaciones humanas y de sí mismo, acorde a las normas del bien. Entre los poetas de la generación nacida entre 1940 y 1950 —Sýs, Záček, Peterka o Pelc— se nota un marcado interés por cuestiones actuales: Sýs agudiza en su poesía el problema moral del amor «moderno», que es, a la vez, un problema neurálgico de nuestros tiempos, en los cuales se han desencadenado las destructoras fuerzas de la técnica. Záček se inquieta por la «vegetación» humana dentro de las exhalaciones de nuestra civilización y por la unificación o uniformización, es decir, el estilo estereotipado de vida; lo disturban las situaciones en que los valores reales son aplastados por el oportunismo y el hedonismo. En la obra de Josef Peterka se acentúan los valores éticos a través de la fidelidad al hogar y al terruño, lo cual se desprende de su sentido por la justicia, de su compenetración con los problemas de otras personas, así como del esfuerzo para preservar el mundo de guerras. Sobre esta plataforma, Peterka encuentra un lenguaje común con Jaromir Pelc, autor de *La Guillotina*, que también subraya la necesidad de conjurar el peligro nuclear.

Vista desde este ángulo, la poesía tiene sentido y justificación. «Podría decirse que nuestra poesía ya no imita la naturaleza, no pinta las salidas del sol y las flores silvestres, sino que desciende con Orfeo a los substratos del corazón humano en que tienen lugar fenómenos y procesos invisibles, parecidos a los que descubre el microscopio electrónico. Podría decirse que su función radica en poner al descubierto, en un nivel más alto, los secretos del interior humano, hallar lo invisible, nombrar lo innombrado» (Jan Pilar). «El coyunturalista se parece al barómetro. Registra tres principales estados meteorológicos: el cielo nublado, los chubascos y el cielo despejado. Sin embargo, si queremos conocer cuál será el tiempo mañana, basta con asomarse a la

ventana... Todo poeta que responde al anhelo social, no promete ordenar al viento o a la lluvia. Con todo el peso de su personalidad obliga al tiempo, sin ocultar sus caprichos, a que mantenga los días de sol» (Sýs). «La ambición de cada artista es crear como la naturaleza, acercarse a su espontaneidad y audacia natural. Las metáforas son uno de los síntomas más palpables de la fuerza creadora del poeta; por la metáfora sentiremos enseguida la intensidad de su contacto con el mundo. La metáfora, esa expresión de enorme y profunda unidad del mundo, no es una simple decoración o adorno, sino el conocimiento más poético de la realidad, insinuada con mayor eficacia. Con sólo un gesto, la metáfora descubre el dinamismo de la vida —su primera ley, el manantial de la vida... La fuerza de los versos no radica en la utilización de nuevos procedimientos formalmente sorprendentes, sino en la hondura e intensidad del ver» (Miroslav Florian).

Materia y sentido. Sueño y realidad. Si se escuchase a los poetas, el mundo sería distintos. Pero los soñadores de hoy ya no deben esconderse en catacumbas. Pueden cantar aunque no se les preste oído. No perecerán en un hueco negro. Los poetas reciben laureles y títulos. Y tanto mayor será, pues, su responsabilidad social por el buen «corte» de los sueños.

La responsabilidad mayor de toda la literatura es reflejar el mundo sensorial. Se dice al respecto que Federico Schiller se inspiraba oliendo las manzanas o ciruelas podridas. Sus colegas checos le hacen una gran competencia: por ejemplo, Florian se declara apasionado por todos los aromas —de la lluvia, el agua o la arcilla. También le agrada percibir el olor de la gasolina o del pan fresco. Ocurre que Florian es un poeta de lo cotidiano. Aunque la poesía checa haya aprendido desde hace más de un siglo un lenguaje coloquial, sin peinados ni afeites, Florian, poeta rítmico por excelencia, parece estar harto de la tradición clásica. En su libro *Ver a Nápoles*, después de un ciclo de ocho sonetos se inicia otra sección titulada «Figurines», que no tiene ni siquiera un verso regular o rima, ni estructuración estrófica. Otro poema empieza con un verso fluctuante y se introduce en el caudal de versos rimados sólo a partir del cuarto y quinto verso. Luego prosigue *scherzo allegro* donde «las líneas infelices entrenan el ballet», en tres estrofas clásicas, pero ya el poema siguiente «Tranvía n.º 17» retorna a la vieja magia floriana con la estrofa, cuyos logros intrínsecos son preservados y su monotonía salvada gracias al quebrantamiento de dos de uno de los versos en cuestión.

Por muy específicos que sean, estos apuntes revelan que incluso entre los escritores checos contemporáneos de formación tradicional hay periodos en que se busca una salida del cansancio que produce toda repetición. La historia de la poesía checa del siglo XX es también una historia de la apropiación y superación de los ritmos y las formas estróficas ya establecidas. El propio Nezval compuso, por ejemplo, varios poemas escritos en base a la cantidad silábica, cosa que se había logrado a cabalidad por última vez en el siglo XVIII, e introdujo al checo incluso la rebuscada balada francesa, de François Villon. Hay poetas «especializados» en los sonetos, caso de Ol-

drieh Vyhlídal y Václav Danek, o los que prefieren el pareado como Frantisek Nechvátal. Josef Kainar se inspiró en el «blues» de los marginados norteamericanos, Jirí Taufer en la alarmadora voz de Vladimir Mayakovski: y todo esto será algo más que una mera forma, también era un síntoma de similitud ideológica. Así, podríamos hablar de una asimilación de la poesía «jazz» en la obra de Václav Hrabě o la del movimiento «beatnik» en los versos de un Josef Simon.

Refiriéndonos a las influencias externas, cabe observar también el papel que ha desempeñado la poesía de Pablo Neruda y Nicolás Guillén en cuanto a la conformación del sentir poético checo se refiere. Neruda llegó a nuestro país en 1949 y entabló relaciones muy cordiales con varios escritores checos, al igual que con exiliados, por ejemplo, Jorge Amado. Introdujo un mundo hasta entonces desconocido y exótico, con su historia turbulenta, leyendas, canciones y ritmos. En fin, una poesía fresca y de orientación francamente popular. Era un *citoyen de Prague* que extrañaba la ausencia de Julius Fucik, a quien dedicó una extensa conversación lírica, era un fiel amigo de Nezval, con quien compartió largos ratos tomando el buen vino de Moravia. Por su parte, Nicolás Guillén llegó a Checoslovaquia en 1948. Nueve años más tarde pasó tres semanas en el castillo de la Unión de Escritores trabajando en la versión definitiva de su *Paloma de vuelo popular*. Su obra influyó en un grupo de escritores descontentos con esa «poesía de fresa» a la que hicimos mención al comienzo de nuestro artículo. De 1949 a 1951 estuvo en Bohemia el venezolano Alí Lamedá, autor de 175 sonetos a Praga, un ciclo de romances checos, el drama dedicado a Julius Fucik y de incontables traducciones. Todos estos y otros poetas como Roque Dalton o Raúl González Tuñón, dejaron así una profunda huella entre los escritores checoslovacos.

Corrobora lo dicho el hecho de que la primera traducción al checo de la poesía latinoamericana fuera publicada por el propio Nezval a sólo dos años de la llegada de Neruda. En las postrimerías de esa década se editó en Praga una antología de la obra de Nicolás Guillén, causando estupefacción entre los lectores. Es entonces la década del sensualismo, del ritmo, de los sueños. Los tiempos de tertulias literarias. La gran época de apogeo de Federico García Lorca en nuestro país. El período en que la literatura de habla española hace su trasplante poético en el tronco de la literatura nacional.

Desde entonces, sin embargo, han cambiado mucho los rumbos del ver y sentir. La poesía se hizo más civil y libre, menos transparente. Como ya hemos dicho, se produjo una vuelta del espiritualismo que fue saneada sólo a partir de los años 70. Hoy día la poesía checa incluye una amplia gama de tendencias y es editada en tiradas relativamente altas (de uno a 5 mil ejemplares, generalmente, aunque los últimos libros de Záček alcanzaron hasta 8 mil), si se toma en cuenta que Checoslovaquia tiene apenas 15 millones de habitantes, de los que sólo 10 millones hablan el idioma checo. Otras posibilidades se han abierto en la radio, la TV y dos teatros praguenses especializados en la recitación poética. Desde luego, existen numerosos problemas o dificultades, aunque el costo editorial lo cubre siempre la casa en cuestión: la edición de

un libro demora hasta 5 años, han subido los precios del papel y los costos de imprenta, la edad promedio del debutante es muy alta (38,4 años), la falta de una mayor propagación de la literatura nacional en el extranjero (en España quizá sólo Holan y Seifert, portador del Premio Nobel), máxime en los países de Latinoamérica, etc. Por otro lado, cabe destacar que la poesía iberoamericana es en Checolovaquia ampliamente difundida; recuérdense en este sentido sólo traducciones de Vicente Aleixandre y otros poetas de la generación del 27, reunidas en el volumen *Contornos de la concha*, y otras selecciones de José Lezama Lima, David Chericían, Pablo Neruda, y la preparada de Ernesto Cardenal, así como los espacios de martes de la emisora *Praha, AM*, que en los últimos diez años transmitió cerca de 150 poemas del área.

No obstante dichos problemas y dificultades la poesía checa de postguerra ha sabido captar y expresar la esencia de su tiempo, las circunstancias sociales e históricas en que se forma la vida y el carácter del hombre, encontrar y decir la verdad sobre el destino humano. Obviamente, la poesía figura entre los principales elementos constructivos de toda cultura, posee su clave genética y, por tanto, su futuro no es nada desesperanzador.

**Jirí Brynda**

